

minimal que va desarrollándose con cierta antelación (ahora, por ejemplo, las entrevistas que vienen publicándose con John Huston hacen concebir la esperanza de que por fin veamos su *Huida a la victoria*) y por la presión de las multinacionales: *Zorro, la espada gay*, el *Tarzán* que ha producido e interpretado la insipida Bó Derek, el gran recital que supone *La historia del mundo de Mel Brooks* (grandes, sobre todo, por su extensión) son, entre otros, los títulos que colocarán a pesar incluso de la desidia o ignorancia de muchos exhibidores.

El cine español, que no tiene la fuerza del americano, se verá aún más condicionado. La obligación de proyectar películas españolas permitirá a pesar de todo algunos huecos que darán paso, lógicamente, a *Dulces horas*, el último Saura, a *Tac-tac*, la primera película que Luis Alcoriza dirige en España, a la versión cinematográfica que, libremente, ha hecho Josefina Molina de su montaje de *Cinco horas con Mario*, a la nueva oferta del tándem Trueba-Ladoire en la película que este último ha escrito e interpretado; y veremos también *El niño del tambor* que, sobre *El tambor del Bruch* ha dirigido Jorge Grau.

Lo que sí parece claro es que el cine ha renacido, como suele decirse, de sus cenizas. Las nuevas ambiciones de los productores y la libertad expresiva de que ahora se disfruta (limitada, a veces incluso interrumpida, pero superior en cualquier caso a la de hace años) ha reconciliado a los espectadores con la cinematografía. Aunque eso en España sea a veces duro por las tardanzas, los fraudes publicitarios, los precios de las entradas y la mala información. ■

MUNDIAL 82

UNA CATASTROFE PARA EL FUTBOL ESPAÑOL

Julián García Candau

A diez meses del inicio del Campeonato del Mundo de Fútbol, los clubes españoles deben 10.000 millones de pesetas. A partir de la finalización del torneo mundial, la ruina del balompié hispano será casi total. A partir de la fiesta final de la Copa de la FIFA, además del endeudamiento actual y el que se supone habrá que sumar por la presente temporada, la deuda aumentará en 3.232.351.000 pesetas más. Esta respetable cantidad tendrán que devolverla, con un interés del 11

por ciento, al Banco de Crédito a la Construcción, Real Madrid, Atlético de Madrid, Barcelona, Español, Valencia, Sevilla, Betis, Hércules, Elche, Athletic de Bilbao y Málaga. El año del Mundial-82 comenzará el gran drama del deporte más multitudinario que existe en España.

El fútbol ha dejado de ser un espectáculo económico. Solamente los socios de las entidades futbolísticas disponen de facilidades para presenciar todos los partidos por un módico precio. Un asociado del Atlético de Madrid, por 650 pesetas mensuales, puede presenciar dos encuentros de primera división y dos de segunda —el Atlético Madrileño— todos los meses de competición. Un aficionado, no afiliado, por un partido de liga puede pagar 2.000 pesetas. Los desproporcionados presupuestos de los clubes, en los que va incluido en muchos casos el déficit estimado, están convirtiendo en elitista un deporte que siempre fue utilizado para distraer al personal, a fin de que no reparara en los graves problemas diarios.

La remodelación de los campos, en donde se celebrarán encuentros mundialistas, es una carga explosiva que estallará con gran escándalo, porque la mayoría no podrá amortizar los créditos. El mundial español que se preveía factible con la gran faramalla de las 24 selecciones, se ha convertido en una operación ruinosa. Y no por culpa de la propia organización del campeonato, sino por la locura colectiva de los dirigentes de las entidades propietarias de los estadios. En lugar de limitarse a efectuar las obras necesarias para que pudieran celebrarse los partidos del torneo, de acuerdo con las exigencias de la FIFA, los clubes se lanzaron a la aventura de aprovechar la circunstancia para ampliar el número de localidades o para crear unas nuevas comodidades a los espectadores cuyo coste no está realmente a su alcance. En el estadio Santiago Bernabéu, donde el Comité Organizador invertirá 174 millones de pesetas para la infraestructura propia de un evento de este tipo, el Real Madrid se gasta 530 millones de pesetas más al ampliar el número de localidades de asiento —lo que no deja de ser un fraude para los socios, que ahora tendrán que convertirse, además, en abonados, porque de otra manera no tendrían sitio para asistir a los encuentros— y colocar un voladizo para cubrir a miles de espectadores que hasta ahora veían los encuentros a la intemperie. El Betis, que contaba con una inversión de 101 millones por parte del Real Comité del señor Saporita, se ha metido en harina y ha gastado 409 millones más. El Hércules, cuya economía no es precisamente

boyante, tendrá que devolver al banco 239 millones y el Elche, que está en segunda división, 125. Y añádase, claro está, a cada cantidad los correspondientes intereses.

La alegría de los clubes de fútbol al solicitar los créditos, probablemente, se produjo por los múltiples antecedentes de impagos sobre los que no ha existido litigio alguno. Los créditos que concedía la antigua Delegación Nacional de Deportes, en algunos casos, han pasado a formar parte de las cuentas del Gran Capitán. El Atlético de Madrid, que recibió hace algo más de un decenio 150 millones para la construcción del estadio Manzanares, aún no ha devuelto una peseta de esa cantidad y tampoco ha pagado los intereses. El actual presidente del club estima que esa es una deuda política y que más vale olvidarla. En esta ocasión las circunstancias son distintas y no parece lógico pensar que el Banco de Crédito a la Construcción, aunque sea entidad oficial, vaya a olvidarse de los dineros que ha repartido.

En Argentina, pese a la euforia de la consecución del campeonato, los años posteriores a 1978 han aumentado el déficit de sus más importantes sociedades futbolísticas y algunas han tenido que recurrir a los grandes festivales folklóricos para rentabilizar las nuevas instalaciones. En Argentina, dada la ruinosa situación económica por la que atraviesa, los males anteriores se han visto multiplicados y el futuro es imprevisible.

La temporada del Mundial ha comenzado con una huelga de futbolistas que es ya la segunda que se realiza. A la displicencia de los contratos se une ahora la reivindicación constante de los futbolistas por todo aquello que les corresponde y que tantos años les ha estado vedado. Los clubes que no supieron adecuarse a los tiempos presentes porque han sido partidarios de un paternalismo insufrible, no pueden trampear con los jugadores porque estos ya no se conforman con las liquidaciones fraudulentas. Ahora incluso se ponen en huelga para asegurar el cobro de sus contratos. La huelga de este año es probable que no sea la última. La próxima será más dura todavía. Y para entonces estarán involucradas en las deudas entidades que, pese a sus déficits, aún encuentran bancos que les faciliten créditos.

Pepe Samitier solía decir que el fútbol no era buen negocio porque, de serlo, estaría en manos de los bancos. Ahora todo el fútbol depende de las entidades bancarias. Y cuando los clubes se conviertan en sociedades anónimas, los principales accionistas tendrán que ser los bancos, que no querrán perder sus millones. El futuro del fútbol español podría estar

LA TEMPORADA QUE SE NOS VIENE ENCIMA



en el anuncio de bancos en las camisetas, en lugar de lucir publicidad de prendas deportivas. Probablemente, en 1982 la Federación Española no tendrá más remedio que admitir al futbolista spot como única salida para ir pagando deudas. ■

AUTOMOVIL

HORIZONTE SOMBRIO

Ignacio Lewin

EL panorama para el automóvil de turismo español se presenta verdaderamente sombrío. El próximo año será, sin duda, una continuación del actual, en el que se ha experimentado un fuerte retroceso en la producción, en las ventas interiores y en la exportación. No existe ningún síntoma que pueda hacer pensar en una más que improbable mejoría del sector, que sufrirá, sin poder evitarlo, la pésima política llevada a cabo por la Administración desde hace muchos años, acentuada en estos últimos.

Durante algún tiempo, la Administración de este país ha legislado de espaldas al automóvil. Su falta de visión de la realidad y la catastrófica previsión para el futuro, cuando aún se estaba a tiempo para arreglar las cosas, ha sido el origen de la catastrófica situación actual. Al triunfalismo de entonces, al deseo de las grandes producciones con el único objetivo de figurar en mejores posiciones en el ranking, a la falta de una política coherente en materia fiscal, ha seguido, casi sin solución de continuidad, la crisis presente. Una crisis que, sin duda, seguirá el próximo año incluso en mayores dimensiones y que, de alguna forma, ha cogido de sorpresa porque en sus análisis para sus planes expansionistas no entraban más factores que los que les convenía.

La crisis, además, irá en aumento, porque la Administración ha pasado de legislar de espaldas a legislar frente al automóvil. No hace falta demasiada imaginación para descu-

brir en el automóvil una fuente casi inagotable de ingresos. Y es casi inagotable porque, en contra de la opinión de la Administración y no pocos políticos del partido en el Gobierno y de la oposición, el coche ya no es un instrumento de lujo, sino una necesidad para muchísimos españoles que no tienen transportes públicos suficientes, ni rápidos, ni eficaces. Y, en esas condiciones, se ven obligados a recurrir a un automóvil al que le aconsejan comprar desde todos los medios de comunicación para después, una vez en su poder, encontrarse con la triste sorpresa de la absoluta indefensión ante todo tipo de agresiones.

Pero ni es la crisis energética la única culpable a la del automóvil, como argumenta el Gobierno, ni es tampoco únicamente la Administración la que debe cargar con las culpas, como parecen querer los fabricantes. A ellos también les corresponde una parte importante de la responsabilidad. Con productos que, en muchos casos, no se ajustan a las necesidades del mercado y, casi siempre, carecen del acabado mínimamente exigible, con plantillas sobredimensionadas, por culpa de los errores de dirección, difícilmente pueden escaparse de su importante activo de responsabilidad.

En la industria auxiliar, que nutre en un buen porcentaje a la mayoría de los coches de fabricación nacional, el problema es aún más grave, porque sus estructuras difícilmente podrán soportar la crisis. Una crisis que, con toda seguridad, se verá agravada el próximo año cuando descendan las exportaciones.

En estas condiciones, el próximo año será muy malo para la industria española del automóvil. La crisis no sólo se mantendrá, sino que sufrirá una agravación. Es muy improbable que se alcance el medio millón de ventas de vehículos de fabricación nacional. La producción —a excepción de la entrada del nuevo fabricante, General Motors— bajará considerablemente. Todo ello será aprovechado por los fabricantes para solicitar nuevos expedientes de regulación de empleo en sus plantillas. Y, en algunos casos —Seat, Renault y otro—, tratarán de reducirlas. ■

■ ■ ■ *El espejo se ha roto, también en la moda. Antes, la moda era un remedo de unas clases para identificarse al poder que tenían otras; ahora, casi se ha invertido el sentido, como si los ricos quisieran a veces disfrazarse de pobres. El espectáculo es más variado, más libre: también más confuso. Ya no se sabe quien es quien; la riquísima se pone los vaqueros, la empleada compra las pieles a plazos.* ■ ■ ■

MODA

"KNICKERS", DE ENTRADA, SI

Margarita Riviere

ERA inevitable. Tras un verano para regocijo de *voyeurs* y espanto de estetas, en que la añoranza de la dictadura perdida de la moda ha impuesto la pasión por el bermudas (estar al día, qué cosa tan imprescindible), el otoño modisteril repite, consolida, *profundiza*.

Si este bermudas estival no ha sido ni chicha ni limoná, ni largo ni corto, ni falda ni pantalón, ni elegante ni hortera, ni de derechas ni de izquierdas y, pese a no ser nada, ha recibido lo que se llama *apoyo popular* en la España de las autonomías y parte del extranjero, ¿cómo puede una industria con problemas renunciar a machacar tan brillante hallazgo? Héte aquí que lo que las revistas de modas anuncian como el furor del invierno se llama *knickers* (cuanto más exóticos suenan los nombres, más éxito tienen estas cosas). Se trata de una especie de pantalón que no llega del todo a ser pantalón, se queda en el discreto término medio de la rodilla, puede ser ancho o estrecho, sirve para todo y sustituye a la falda. Entre sus cualidades está el insinuar las piernas femeninas de rodilla para arriba, permitiendo, de rodilla para abajo, la comprobación de que esas piernas están ahí. En cualquier caso, los caballeros españoles, que son de una pieza, suelen detestar este tipo de juegos. (¿Le ha gustado a usted el bermudas, señor?, pues prepárese.

Porque el éxito del llamado *knicker* está cantado: es el *clou de la rentrée*, que dirían tan finamente los franceses. La principal atracción del otoño que, a miles, saldrá a pasearse también por nuestras calles sobre piernas gordas o flacas, torcidas hacia fuera o hacia dentro, piernas cortas o piernas anodinas, pero rara vez sobre un par de piernas de impresión, por la sencilla razón de que una indumentaria como esa destroza cualquier pierna.

Nadie, sin embargo, podrá evitar la avalancha. La moda vestimentaria femenina se ha vuelto, en la última década, tan variada, plural, libre, democrática, infinita y nostálgica que ya puede empezar a detectarse esa añoranza por la antigua dictadura: escoger entre tantas opciones resulta un trabajo excesivamente complicado. Si el éxito del bermudas, como el de Reagan, ha sido el primer síntoma de ese regreso, el de este *knicker* de otoño será el segundo. ■